

GAU-ILLA DE JULIAN GAYARRE.

Era costumbre entre los antiguos bascongados celebrar cuando alguna persona moria, la *gau-illa* ó noche de la muerte.

Metido el cuerpo en el féretro que permanecia sin cerrar, puesto en el centro de la cámara más espaciosa de la casa y rodeado de luces, acudian los parientes y amigos del difunto, congregados por el alarido fúnebre que los vecinos lanzaban por calles y montes, á velar el cadáver durante la noche anterior al día del sepelio. Los rezos de la religion alternaban con los lamentos de las *adiagilleak* ó plañideras, las cuales, envueltas en mantos negros y acurrucadas en el suelo, formaban un gimiente coro. De vez en cuando, alguno de los circunstantes, despues de dar varias vueltas alrededor del féretro, se detenia delante del cadáver y encarándose con él, y por lo comun, canturriando en verso, ó deploraba su muerte, ó ensalzaba sus virtudes, ó vituperaba sus vicios, dejando luego el puesto á otras personas que continuasen el juicio de residencia.

Esta añeja ceremonia, que el Cristianismo transformó, sin abolirla, y que poco á poco fué cayendo en desuso al correr de la Edad-Media, ha sido, en alguna manera y forma propia de la época presente y calidad de las personas, como renovada espontáneamente aquí la noche del 4 de Enero de 1890, ante el cadáver de Julian Gayarre.

¡Conmovedor, inolvidable, y acaso, hasta la fecha, sin par testimonio de pesadumbre! Las nueve y media de la noche; la capilla de la Diputacion de Navarra, el grandioso palacio, poco ménos que desierto.... En el testero, el altar con unas cuantas velas que dejan á media sombra la hermosa escultura de Francisco Javier, símbolo de la devocion de los nabarros á su Santo Patrono; junto á la pared, y

sobrepuestas, innumerables coronas de flores dan la guardia de honor; cuatro hachas de cera blanca forman cuadro; en el centro cuatro cirios alumbran la caja de hierro destapada, de la cual emerge el ataúd, por cuyo vidrio se entrevé una faz lívida, de frente prócer, de ceño adusto y expresión dolorida, á la que no substituyó su fría impassibilidad la muerte. A lo largo del ataúd, de modo que prestan los cirios su resplandor á los atriles y las cajas de los instrumentos, ó se apoyan en el féretro, ó casi sobre él se ciernen, ocho profesores de la sociedad *Santa Cecilia*, dirigidos por Joaquín Maya, evocan para que con ellos rece y lllore, el génio de la música.

La piedad ha reunido aquellos hombres. Tocan solo para el pobre muerto que tienen delante, sin pensar en el público, del que se han aislado con rigor extremo. Es un homenaje de dolor y admiración rendido por artistas á un artista insigne, cuya cabeza coronan con brillantes que son lágrimas cuajadas en los nimbos de la gloria. Y á las dos ó tres personas que dentro de la capilla somos testigos de ese tiernísimo arranque de sentimiento, se nos figura que pasa un aura de inmortalidad sobre los yertos despojos de Gayarre.

El *quartetto* suspira, gime, solloza, clamoarea, estalla en alaridos, se aquieta en ensoñadores murmurios. El canto pasa de instrumento en instrumento: ora resuena sordamente en el contrabajo, ora se extiende en apasionado discurso, dicho por la voz lacrimosa de las violas; se deja oír melancólico, con el tartamudeo de la pasión, en el violoncello, y luego, recogido por el arco de los violines, sube trazando una noble curva, trina en el remoto cielo como la alondra, se deshace en flébiles quejas, y herido por la pena desciende rápido, perdiéndose en el conjunto que lo sumerge con sus olas de armonías.

El viejo Haydn posa, una tras de otra, sus siete áureas estrofas sobre el féretro resonante. Vibran la inefable promesa de *Hodie mecum eris in Paradiso*, la tristísima dulzura del *Ecce mulier filius tuus*, el angustioso grito *Sitio*, la sublime resignación del *Consummatum*... Y en los silencios que cortan las melodías, cual el hipo del llanto, y en las pausas de las cadencias rotas, y en los intervalos de sonata á sonata, se oye el chisporroteo de los blandones.

La atmósfera de la capilla, cargada con el tufo de las hachas, congestiona nuestros cerebros; los enormes pábilos achican el campo de las luces, cuyas oscilaciones son más rápidas y cuyos resplandores se amortiguan en la neblina; nuestros sentidos sobrecitados, perciben

los acres aromas del embalsamamiento... Abrimos una ventana y el frío ambiente y la pálida claridad de la luna penetran.

Otras sensaciones, otras ideas. Mis ensueños suben por la argentada estela lunar. El cielo azul me recuerda otro cielo, más azul todavía, el cielo africano, los bosques vírgenes poblados de maravillosos pájaros que gorjean y el aire tibio henchido de misteriosos sonos, y oigo la exclamación soberbia de *Vasco de Gama*, experimentando el goce infinito de Colon al tomar posesión de una nueva tierra: *Tu m' appartieni á me*. Y cuando cierran la ventana, la capilla se me representa el lóbrego laboratorio gótico del doctor Faust, y resurge viejo, hastiado de la vida, sereno antes de morir, inminente, cantando con voz purísima, realmente extrahumana, sabedora de ternezas, matices, vislumbres y arreboles que nadie renovará, la que en sus labios fué celestial melodía:

*«Giunto sul passo estremo
della piú estrema età
in un sogno supremo
si bea l' anima già.»*

El «sueño supremo» es realidad tremenda, demasiado lo publican el fúnebre aparato, la atribulada fisonomía de los músicos, quienes transmiten á los instrumentos el dolor de sus almas. Muda está la arrobadora garganta, sellados los mágicos labios; su voz, cual el *Spirto gentil* de Fernando brilló un día, y por siempre la perdimos. Ya jamás dirigirá su ardiente saludo al roble de las libertades bascas... Todo ha concluido. ¡Público que le aclamaste, ve ahí á tu artista predilecto amordazado por la muerte! El escultor nos deja sus esrátuas, el poeta sus versos, el sabio sus verdades.... de Gayarre queda un recuerdo, un nombre, precioso únicamente para los que le oyeron cantar. ¡Cruel burla del destino, que á quien otorga la fama le niega la gloria!

Pero no; la desolada palabra «ha concluido» es una mentira. ¡Así lo proclama la escultura de San Francisco Javier que eleva al cielo la diestra empuñando la Cruz!

ARTURO CAMPION.

Pamplona, 7 de Enero de 1890.

